

## COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

### CULMINÓ LA CONFERENCIA DE SEGURIDAD Y COOPERACIÓN EN EUROPA

El 1 de agosto culminó en Helsinki la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, iniciada asimismo en Helsinki el 22 de noviembre de 1972 mediante conversaciones preliminares en las que participaron 33 países europeos más los Estados Unidos y Canadá. La primera fase de la Conferencia propiamente dicha se había celebrado, siempre en Helsinki, en julio de 1973, y la segunda, en septiembre del mismo año, esta vez en Ginebra. Ha habido, pues, entre esa fase y la solemne firma en la «cumbre» de la extensa Declaración una pausa de casi dos años originada por obstáculos tales como la falta de acuerdo general sobre la seguridad, la cooperación económica y comercial y las llamadas cuestiones humanitarias o de libre circulación de las personas y las ideas, es decir, sobre lo que constituían los puntos esenciales de una conferencia en la que se ha propuesto sentar las bases de la seguridad, cooperación y mutuo respeto entre una Europa capitalista y una Europa comunista, luego fundamentalmente anticapitalista. Por fin, tras mucho tira y afloja, cerrar de ojos y concesiones más o menos recíprocas, se llevó a cabo la firma de la muy comentada, analizada y discutida Declaración, decálogo de la coexistencia pacífica en Europa o manual del buen comportamiento interestatal en el Viejo Continente, que abarca principios de cooperación, seguridad y economía, sin excluir los contactos humanos, los intercambios culturales y científicos y la información, todos indicativos, pero no vinculantes. Por tanto, sólo el tiempo dirá si tienen valor práctico.

Se ha dicho a saciedad que tal Conferencia es un éxito de la diplomacia soviética que, a falta de un tratado general de paz después de la II Guerra Mundial, ha visto reconocidas de manera legal, y cabe decir que definitiva, las fronteras de sus aliados del Este y las suyas propias, o sea, la inclusión en territorio de la URSS de la Rutenia, tomada a Checoslovaquia; la Bukovina del Norte y Besarabia, conquistadas a Rumania; trozos de Finlandia; Estonia, Letonia y Lituania,

así como parte de la Prusia Oriental y un tercio del territorio polaco. En total, 490.000 kilómetros cuadrados y 94 millones de habitantes, además de la instauración de regímenes comunistas en los países aledaños. En todo caso, la celebración de la Conferencia de Seguridad y Cooperación es prueba patente de la tenacidad y perseverancia en las ideas de la URSS en lo que atañe al logro de sus objetivos. En efecto, hace más de veinte años que viene rondando el reconocimiento de fronteras conseguido en Helsinki, porque fue en 1954 cuando Molotov, todavía al frente de la diplomacia soviética, lanzó la idea de un tratado general de seguridad colectiva en Europa en el marco del nuevo curso de la política exterior de la URSS, proclamado por Malenkov, que abogaba por la atenuación de la guerra fría y mencionó por vez primera la «coexistencia pacífica», aunque la fórmula sólo prosperase con Jruschov.

La iniciativa de Molotov no tuvo eco. Los países del Este la desempolvaron en 1965 y, en particular en 1967 en la conferencia del Pacto de Varsovia celebrada en Karlovy-Vary. La invasión de Checoslovaquia en agosto de 1968 y la proclamación de la doctrina Breznev de «soberanía limitada» no dieron la puntilla al proyecto, ni mucho menos, por cuanto a raíz de la conferencia del Pacto de Varsovia, celebrada en Budapest en 1969, se propuso formalmente la reunión de una conferencia paneuropea, aceptada en principio en Reykjavik por los países atlánticos en junio de 1968. Inicialmente, la conferencia sólo era de «seguridad». La «cooperación» fue un aditamento posterior, una ampliación que se estimó beneficiosa tanto para el Este como para el Oeste, siempre y cuando, por supuesto, que los ángeles tutelares que velan sobre Europa, los Estados Unidos y la URSS, sigan acordes en respetar mutuamente las respectivas zonas de influencia en el Viejo Continente derivadas de los acuerdos de Yalta. El entendimiento a que han llegado las dos superpotencias es lo que permite abrigar cierto optimismo en cuanto a la ausencia de conflicto armado en esta parte del mundo, harto más que la Declaración de Helsinki, que, en definitiva, además del *statu quo* fronterizo provechoso para la URSS confirma una hegemonía compartida en Europa, aunque no compartida y sí porfiada en otras regiones del globo. Por tanto, puede estimarse que la paz en la Europa del Oeste y del Este y entre esas dos Europas depende sencillamente de las relaciones norteamericano-soviéticas. Elemento sosegador de las inquietudes que pueden suscitar tensiones provocadas por puntos conflictivos, como por ejemplo Portugal, es la seguridad de que ambas superpotencias descartan *a priori*

la eventualidad de una confrontación directa y generalizada, a menos de que haya de sonar la misteriosa hora del «fin de los tiempos». De ahí que si en el escenario de Helsinki todos los países europeos—salvo la achinada Albania—han actuado con toda independencia en pro de la seguridad, la paz y la cooperación, la auténtica obra de seguridad, paz y cooperación europea ha sido el largo tejemaneje del acercamiento entre los Estados Unidos y la URSS, verdaderos protagonistas de esa obra por ser conscientes de que en razón de sus respectivos poderes nucleares estaban constreñidos a dialogar en busca de una fórmula de entendimiento, aunque fuera con las armas en la mano. No tenían otra salida racional los dos grandes vencedores de la II Guerra Mundial convertidos en adversarios.

Por este motivo no se impone justificada la machacona insistencia con que se ha evocado el Congreso de Viena al comentar la Conferencia de Seguridad y Cooperación, dado que apenas si existe similitud entre los planteamientos básicos de esos dos cónclaves europeos. En Viena, claramente delimitados los campos entre vencido—Francia—y vencedores, éstos se afanaron por «desfacer los entuertos» del vencido cuando, vencedor, pretendía imponer su hegemonía. En Helsinki, vencedores y vencidos, más países que no fueron ni lo uno ni lo otro—como España—se han limitado a dar el visto bueno a las anexiones de uno de los vencedores. En Viena, lejos de institucionalizar situaciones establecidas por la fuerza, los vencedores se aplicaron a reconstruir a Europa trazando un mapa distinto del que había surgido del período bélico, buscando ante todo un equilibrio de fuerzas entre las grandes potencias europeas. Aunque disimulada en la hojarasca de los discursos y la Declaración final, en Helsinki no ha salido malparada la bipolaridad, uno de cuyos polos es claramente extracontinental. Finalmente, y siempre cotejando Viena y Helsinki, la Historia dice que los tratados de 1815 y la Santa Alianza trataron de alzar un muro de contención frente a las ideas de la Revolución de 1789, muro que no resistió el embate liberal de 1848. En la Conferencia de Seguridad y Cooperación, paradójicamente, ha sido la URSS la que ha opuesto resistencia a la eventualidad, no poco hipotética, de que la ideología occidental haga mella en el marxismo-leninismo, mientras los países occidentales no han manifestado inquietud por los efectos del viento del Este en su liberalismo.

En suma, ojalá las esperanzas puestas en Helsinki como punto de partida de una nueva etapa histórica de las relaciones intereuropeas no se vayan a pique al tropezar con el hecho de que «relajamiento de

la tensión» y «coexistencia pacífica», lo mismo que «democracia», no tienen idéntica significación aquende o allende la línea ideológica que divide a Europa. Los teóricos soviéticos no se recatan en decir que «relajamiento de la tensión y coexistencia pacífica no implica en modo alguno una garantía de *statu quo* social en Occidente... La evolución histórica ha de proseguir hacia su meta objetiva: el socialismo». Por lo menos, tal ha declarado recientemente a *Der Spiegel* Mijail Vozlensky. Remachando el clavo, Konstantin Zarodov, en muy comentado artículo de «Problemas de la paz y socialismo», ampliamente recogido en *Pravda*, recordó a los diversos partidos comunistas del mundo—luego de Europa—los principios tácticos definidos por Lenin en la transición hacia la etapa revolucionaria socialista. Distan de la tolerante aceptación de corrientes diversas de pensamiento y acción según la visión occidental de la «coexistencia pacífica». Hay que reconocer que los soviéticos dejan a los occidentales la posibilidad de que los acontecimiento los cojan confesados.

#### TURQUÍA Y LAS BASES NORTEAMERICANAS

Mientras los medios informativos centran su atención en la realidad espectacular de la «cumbre» de Helsinki, seguía su curso la realidad discreta, más operante para modelar el futuro. Ello explica que el Comité militar de la OTAN, reunido el 5 de agosto en Bruselas, considerase atentamente las consecuencias derivadas del cierre de las bases norteamericanas en Turquía, decidido el 25 de julio por el Gobierno Demirel, a raíz del voto de la Cámara de los Estados Unidos, que por 223 a 206 votos rechazó el levantamiento parcial del embargo de suministros militares decretado el pasado febrero por utilización de armas norteamericanas en la invasión de Chipre. Turquía no adoptó semejante medida a traición. El 17 de junio había advertido al embajador de los Estados Unidos en Ankara que, caso de no reconsiderarse el decretado embargo, se pondrían bajo un nuevo *status* las bases norteamericanas situadas en Turquía, en virtud del acuerdo bilateral de cooperación defensiva de julio de 1969, acuerdo que rizaba el rizo de la ya existente cooperación defensiva en el marco de la OTAN.

Teóricamente, la decisión de Ankara sólo afectaba a las bases norteamericanas, que suman 20, 24, 25 ó 26, según sean las fuentes informativas. En la práctica, como era ficticia la distinción entre bases norteamericanas y bases de la OTAN, que se mantienen como por lo

pasado, se impuso que iba a abrirse una brecha en el dispositivo defensivo del Mediterráneo oriental, horno que apenas si está para bollos. Con anterioridad, el secretario de Defensa norteamericano, James Schlesinger, había advertido la posibilidad de un cierre de las bases norteamericanas que «afectara seriamente a la OTAN», aunque se salvase de la quema la de Inarlik, en la que están estacionados los mayores efectivos norteamericanos y la única escuadrilla de «Phantom» en el exterior dotada de proyectiles nucleares tácticos, dado que el Gobierno turco la estima de la OTAN.

Lo dicho por Schlesinger no eran palabras al aire ni afán de dramatizar. Era sencillamente reflejo de un riesgo de debilitamiento de la defensa en un área amparada por el Tratado del Atlántico Norte debido a la decisión del Gobierno de Ankara, coreada con entusiasmo por la opinión pública turca, de estimar que la recogen fielmente diarios de gran tirada como *Hurriyat* o *Milliyet*, que proclamaron altivamente que «Turquía no era tierra que se alquila» o celebraron que su país se desprendiera de «ilusiones de amistad». Por lo demás, en la Conferencia islámica celebrada en Islamabad a principios de julio, el voto favorable de Turquía a la resolución que propugnaba la expulsión de la ONU de Israel, tan vinculado a los Estados Unidos, era ya una prueba de las grietas existentes en las relaciones turco-norteamericanas. Una vez admitidas por el observador objetivo estas airadas reacciones de dignidad nacional herida ante el éxito logrado en la Cámara norteamericana por el *lobby* griego, pese a las razones expuestas y ruegos multiplicados del presidente Ford y su secretario de Estado, quedaba que era objetivamente grave el golpe asestado al flanco sùreste de una OTAN intranquila en su flanco atlántico.

En efecto, la red de radares que facilitaba valiosas informaciones sobre el tráfico aeronaval en el Mar Negro y región sur de la URSS, así como sobre el emplazamiento de los proyectiles soviéticos, que la salida de Grecia de la OTAN empezó a dismantelar, sufría un nuevo recorte y tendía a limitarse a los radares de la VI Flota una vez cerradas, entre otras, las bases de Pirinlik, Karamurs y Erzurum. De otra parte, el control del paso de buques de guerra soviéticos por los estrechos quedaba en adelante a cargo exclusivamente de la OTAN, en la práctica en poder de Turquía. Por tanto, dada la enérgica postura adoptada por Turquía, de no levantarse el embargo o hallar una fórmula que por el atajo de la OTAN mediatizara sus efectos, se planteaba el interrogante de la eventual retirada de ese país de la organización militar del Pacto Atlántico, siguiendo el ejemplo de Grecia.

Es más, andando el tiempo y de no resolverse a su satisfacción el peliagudo problema de Chipre, incluso cabía la retirada del propio Pacto Atlántico. La paciente, indulgente y tenaz acción política, diplomática y económica de la URSS para revitalizar la amistad turco-soviética de los tiempos de Atatürk no permitía excluir rotundamente esa eventualidad. No implicaba que, acto seguido, Turquía se uniera al carro soviético. Bastaba con que se proclamara neutral para que se incrementaran las posibilidades operativas de la flota soviética, por cierto poco estorbadas desde la Guerra de los Seis Días por la pertenencia de Turquía a la OTAN, ni siquiera por las bases norteamericanas, por muy provistas que estén de los más modernos medios de control. Tal se echó de ver y se sigue viendo con la presencia de la Eskadra en el Mediterráneo.

En definitiva, la malhadada crisis de Chipre de 1974, en la que tan ineficaz y hasta incoherente resultó ser la diplomacia norteamericana actuando desligada de sus conmitones de la Alianza Atlántica, por un inexorable encadenamiento de causas y efectos, llevó a un riesgo de debilitamiento de la defensa occidental en el Mediterráneo. Llovía sobre mojado, por cuanto los problemas planteados en el seno de la Alianza Atlántica, como el pleito greco-turco, la situación italiana y Portugal, no dejaban de favorecer a la URSS. La firmeza de Turquía, cerrada a medias tintas, ambigüedades y concesiones, ha logrado evidenciar tales extremos a la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Representantes. El 17 de septiembre aprobó un proyecto de ley para satisfacer la demanda de levantamiento parcial del embargo. Turquía ha dado una interesante lección que es de retener.

#### GOLPE DE ESTADO EN BANGLA DESH

Cuanto se ha filosofado, escrito y dicho sobre las mudanzas de la fortuna y fugacidad de los días de triunfo y gloria puede aplicarse al chej Mujibur Rahman, primer jefe de Gobierno y más tarde presidente de Bangla Desh, el antiguo Pakistán Oriental, que en diciembre de 1971 alcanzó la independencia de mano —mano armada— de la Unión India, alentada en aquella acción por la URSS mediante suministro generoso de material bélico. Incluso recurriendo a los menos usuales, los corresponsales de prensa agotaron los términos para describir el enloquecido entusiasmo con que, recién salido de las prisiones pakistaníes, el pueblo bengalí acogió en Dacca a Mujibur Rahman a principios de 1972.

Transcurridos poco más de tres años y medio, en la madrugada del pasado 15 de agosto, unidades del ejército en rebeldía derrocaron el Gobierno de Mujibur Rahman, que fue muerto, para mayor escarnio, ¡por su propia guardia personal! No se tiene noticia de que el pueblo bengalí manifestara el menor dolor por la desaparición violenta del que un día fuera su ídolo. En descargo de la insensibilidad bengalí, justo es consignar que, en el breve tiempo de su gobierno, el tan ensalzado chej, por fallos políticos de bulto, desastres provocados por inundaciones y terremotos, incapacidad notoria y hartazgo desvergonzada corrupción de dirigentes y funcionarios, había llevado de la pobreza a la más atroz miseria a ese país de 150.000 kilómetros cuadrados, en el que se apiñan 75 millones de habitantes.

La desastrosa situación económica y social y la creciente anarquía política, lejos de incitar al ensoberbecido Mujibur Rahman a enmendar errores, lo impulsaron a apretarle las clavijas a una oposición que era tanto de izquierdas como de derechas. De hecho, más de derechas que de izquierdas, por cuanto no son los izquierdistas quienes lo han derrocado. Para acallar las críticas, a finales de 1974 decretó el estado de emergencia y, a finales del pasado enero, logró que el Parlamento sustituyera la Constitución por el Gobierno presidencial con un partido único, la Liga Awami, de la que era presidente. Ello acentuó las divergencias ya existentes en la Liga, dividida en facciones a la greña entre sí, aparte de luchas sangrientas entre partido gubernamental y partidos de la oposición, cuales el Partido Socialista Nacional, el National Awami Party y las diversas organizaciones de izquierda, entre ellas un partido maoísta. De la tensión en todo momento existente en Bangla Desh da idea los miles de asesinatos políticos allí registrados. Como remate de una situación de caos y miseria, es de señalar que la corrupción se nutría fundamentalmente de los fondos y socorros procedentes de la generosidad exterior, acaparados por funcionarios y camarilla gubernamental, al extremo de considerarse la conveniencia de crear un ministerio destinado a atajarla...

Finalmente, las circunstancias de su accesión a la independencia hicieran que Bangla Desh estuviera supeditado a la Unión India en lo económico y lo político, sin que Mujibur Rahman intentara aflojar vínculos que, por vía de consecuencia, dada la amistad indio-soviética, ponían en manos de Moscú la baza del golfo de Bengala, de suma importancia estratégica con vistas al cerco de China y predominio en el océano Índico. Pero el éxito geopolítico conseguido por la URSS a través de la Unión India ha tropezado con el nacionalismo sincero y

anticomunismo del ejército bengalí, constituido básicamente por elementos procedentes del Mutji Bahini o Ejército de Liberación de la guerra contra Pakistán, nada dispuesto a que Nueva Delhi, e indirectamente Moscú, asumieran el relevo de la dependencia a Islamabad. Es decir que, aunque Jonder Mushtaq Ahmed sea el cerebro y jefe de fila del grupo de antiguos seguidores de Mujibur Rahman alzados contra él, el éxito del golpe de Estado no hubiera sido posible sin las fuerzas armadas, decididas a sacudirse el yugo hindú, singularmente molesto en razón de la fiscalizadora presencia en el país de la misión militar de cooperación de una Unión India presente en todas sus fronteras. En todo caso, la inmediata designación en la presidencia del Estado de Jonder Ahmed evidencia concretos acuerdos previos a la acción entre militares y civiles, lo que no se da con frecuencia en países del Tercer Mundo, propensos a las dictaduras estrictamente militares.

El golpe de Estado bengalí no ha llevado al poder a un aprendiz de gobernante, como asimismo suele suceder en países recién independizados y alguno que no lo es. Jonder Ahmed, activo organizador de la Liga Awami, fue ministro de Asuntos Exteriores en el Gobierno en el exilio y ministro de Energía y Regadíos en el primer Gobierno bengalí. Posteriormente ministro de la Gobernación, era hasta la caída de Mujibur Rahman ministro de Comercio. Siempre se mostró reacio a aceptar la tutela de la Unión India en la vida política y económica de Bangla Desh, al extremo de preconizar una demanda sustancial de ayuda a los Estados Unidos para poner en marcha el destrozado país. Su disconformidad, y la de sus partidarios, se fue acentuando al estrechar Bangla Desh lazos con la URSS con el auxilio de Nueva Delhi. Reveladora de la inquina hacia la Unión India por parte del nuevo equipo gobernante en Dacca es la inmediata proclamación de la «República Islámica de Bangla Desh». Desde luego, tal proclamación de islamismo no es incongruente, ya que el 80 por 100 de la población de Bangla Desh es musulmana, pero alzar el estandarte del islamismo en el vasto enclave de la Unión India es mentarle la bicha a un gitano. En suma, es un reto a Nueva Delhi y una mano tendida a la mayor nación islámica del mundo: Pakistán.

Jonder Ahmed nunca ha sido acérrimo enemigo de Islamabad. Incluso en tiempos de creciente tensión entre el Pakistán Oriental y el poder central, el presidente Ahmed abogó por una amplia autonomía regional sin ruptura. Por tanto, era favorable a la amistad con Pakistán, no tan odiado como cabía imaginar por el pueblo bengalí,



## COMENTARIOS AL ACONTECER DEL MUNDO

de atenernos al caluroso recibimiento dispensado al presidente pakistani, Ali Bhutto, cuando en junio de 1974 visitó a Bangla Desh, después de reconocerla como nación independiente. No deja de ser muy significativo que Pakistán reconociera el nuevo Gobierno bengalí el 15 de agosto mismo por la tarde, indudablemente para manifestar su complacencia por el cambio de equipo, complacencia compartida por China, que ha visto extraída la espina que tenía clavada por la Unión India desde que en la guerra con Pakistán nada pudo hacer por su amigo y aliado. Aunque los Estados Unidos se hayan mostrado discretos, es evidente que el nuevo planteamiento de la situación en esas áreas del mundo, junto con mejores relaciones con Pakistán, sólo ha podido causar satisfacción. En cambio, los recientes sucesos de Bangla Desh sólo disgusto y preocupación han originado en Nueva Delhi y Moscú.

Ahora bien, el cambio que se ha producido en Bangla Desh no tiene por sí solo la virtud milagrera de restablecer la situación caótica en lo político y más aún en lo económico. Se impone una ayuda exterior que no se limite a la de los Estados Unidos, sino que se amplíe a los países árabes que, por su riqueza, están en condiciones de ayudar a la hermana islámica pobre. Que los ríos de petrodólares que fluyen hacia esos países no han de encauzarse sólo hacia las inversiones fructuosas y compras de armamento.

## LAOS: DEL NEUTRALISMO AL COMUNISMO

Acaso por no estar directamente implicados en ese país los Estados Unidos o porque el drama de Camboya y Vietnam del Sur absorbía la capacidad de atención mundial, la guerra civil de Laos ha ocupado sólo un modesto lugar en las preocupaciones internacionales. Sin embargo, es guerra que ha durado más de veinte años—se inició en 1953—, con alternativas de inactividad dedicadas a laboriosas negociaciones y acuerdos de alto el fuego y cooperación entre bandos enfrentados que, a la postre, desembocaban en la reanudación de hostilidades entre el Pathet Lao comunista, dirigido por el príncipe Suvana Vong, y las fuerzas gubernamentales. Lugar preferente de los choques armados fue la tan mencionada Llanura de los Jarros. No otra que en anteriores ocasiones ha sido la suerte corrida por el acuerdo de alto el fuego pactado el 21 de julio de 1973 entre el Gobierno neutralista de Suvana Fuma y el Pathet Lao. A los pocos días de signado

se evidenció que ese alto el fuego era una ficción jurídica. Era inevitable.

Dada la situación geográfica de Laos, base operativa y logística del Vietminh en la guerra contra Francia y del Vietcong y Vietnam del Norte contra Vietnam del Sur y sus aliados, los Estados Unidos, y por donde pasaba en su casi totalidad la famosa pista Ho Chi Minh, era soñar despierto pretender en Vientián un Gobierno pacífico de coalición comprensivo de los representantes de los bandos enfrentados y asentado en la neutralidad, o sea, desentendido de lo que venía sucediendo en el vecino Vietnam y Camboya. De ahí que por muchos acuerdos de alto el fuego que suscribiera el Pathet Lao nunca renunció a dominar en las provincias fronterizas con Vietnam del Norte, cuya ocupación se le reconoció en Ginebra en 1954, ni tampoco desistió de hostigar el Gobierno de Vientián, con el que de cuando en cuando entraba en negociaciones, evitando con esa treta una eventual intervención directa de los Estados Unidos que hubiera tenido incidencia en la guerra en Vietnam. Por tanto, el desenlace de la guerra civil laosiana, paralela a la de Vietnam, dependía del desenlace de esta guerra.

Al avizorarse la inevitable caída de Saigón, el Pathet Lao, apoyado por norvietnamitas, inició a mediados de abril una ofensiva en tres zonas de Laos contra las fuerzas gubernamentales, cuyo núcleo más combativo era el de las fuerzas especiales mandadas por el general Vang Pao y equipadas por los Estados Unidos. A primeros de mayo, el Pathet Lao ocupó Sala-Fuyun, importante punto estratégico entre la capital real de Luang Prabang y la capital administrativa, Vientián. Ya estaba sentenciado el Gobierno de teórica coalición derechista, neutralista y comunista, presidido por Suvana Fuma. Rindiéndose a la evidencia, cuatro ministros anticomunistas optaron por dimitir y salir a uña de caballo hacia Tailandia, mientras el neutralista Suvana Fuma pedía a sus compatriotas que no se alterasen y aceptaran los hechos tal cual eran: el predominio del Pathet Lao en todos los ámbitos de la vida nacional, empezando por el gubernamental.

Mientras, el Pathet Lao, que parecía más preocupado por controlar el país que por gobernarlo, proseguía su avance imparado y acaso imparable, y el 19 de mayo ocupaba los aeródromos de Paksé y Thajet. La totalidad del país quedó en manos del Pathet Lao. El silencio cayó sobre Laos como había caído sobre Camboya y Vietnam del Sur. Eliminados los ministros derechistas, siguió en la presidencia de un Gobierno neutralista-comunista el príncipe Suvana Fuma, dispuesto a

acatar el Pathet Lao y aconsejando realismo y prudencia. Entre tanto, el Pathet Lao desplegaba gran actividad para ahuyentar de Laos a contados norteamericanos rezagados y eliminar influencias y presencias extranjeras en el país del millón de elefantes, en el que seguía en vigor el estandarte real y permanecía en su palacio de Luang-Prabang el rey Savang Vathana.

El 25 de agosto acabó de derrumbarse el tinglado, quedando el mundo enterado de que un Comité revolucionario se había hecho cargo del poder. La noticia no podía sorprender. Dos días antes, el Pathet Lao había informado a través de la agencia Nueva China que controlaba todo el territorio laosiano y su administración y que se disponía a establecer un Gobierno revolucionario. En realidad, desde la toma del poder en Phnom Penh por los jemers rojos y en Saigón por el GPR, la victoria definitiva del Pathet Lao era virtualmente un hecho. Cabe decir que la unidad lograda en la península del sureste asiático por la colonización gala, con el nombre de Indochina francesa, se ha reconstituido con el común denominador marxista, si bien, cuando menos de momento, se registran tres entidades nacionales distintas, pero no diferentes, en las que es de prever una lucha de influencia entre soviéticos y chinos.

Dada la complejidad de las relaciones de esos tres países con Moscú y Pekín, tanto como aventurado, sería petulante vaticinar cuál de estos dos grandes del comunismo se alzaría con el santo y la limosna en la península Indochina. Por lo demás, no es de descartar que Hanoi consiga ser centro independiente de un comunismo indochino susceptible de embarcar en una nave común, según el secreto y grandioso designio de Ho Chi Minh, a todas las partes de la antigua Indochina francesa, que realmente no constituyen por separado auténticas unidades nacionales, debido, en particular, a las diversas razas y grupos étnicos que comprenden. Así, en Laos, se estima que sólo la mitad de sus tres millones de habitantes son laosianos. En el resto se registra alrededor de medio centenar de etnias, entre ellas los meos y los tais.

Por cierto, esos tais que en 1939 incitaron a Siam a adoptar el nombre de Thailandia, cual si en ese país se diera una unidad racial y hasta una fraternidad con los demás países de la región comprensivos de tais, podrían jugarle una mala pasada al Gobierno de Bangkok. En efecto, los tais del antiguo Tonkin y Laos podrían sentir fraternales impulsos de liberar a sus hermanos de un régimen tachado de pro occidental, como el de una Thailandia que, entre otras etnias, comprende en el Norte a meos que, armados por Vietnam del Norte

y el Pathet Lao, constituyen un ejército de unos 50.000 hombres que desde hace siete años lucha contra el Gobierno de Bangkok. Del riesgo que corre Thailandia de ser el último ratón cazado por el gran gato comunista son prueba los ejercicios de funámbulo que hace el primer ministro, Pramoi Kukrit, para acercarse a China y distanciarse de los Estados Unidos, pero sin que el distanciamiento provoque la inmediata ruptura. Por su parte, aleccionados por recientes escarmientos, los Estados Unidos han iniciado la paulatina retirada de Thailandia. De hecho, el aniquilamiento de la influencia norteamericana en la península indochina resta fundamento a la presencia militar de los Estados Unidos en esa base operativa que ha sido Thailandia. En el juego asiático del dominó, una ficha en pie no impide que se haya perdido la partida en el sureste de Asia, por lo menos en el terreno de la estrategia directa con predominio de la acción militar.

#### EL ACUERDO PROVISIONAL ENTRE EGIPTO E ISRAEL

El 1 de septiembre se rubricó en Jerusalén y Alejandría el acuerdo provisional de retirada de Israel del Sinaí. Israel evacua los pasos de Gidi y Mitla, que Egipto no reocupa; renuncia a los campos petrolíferos de Abu Rodeis, pero consigue el paso por el canal de Suez de cargamentos no militares, a un tiempo que conserva Sharm el Sehk.

La noticia implicaba en primer término un éxito del doctor Kissinger, importante para su futuro político, hipotecado por los reveses que sufrió su diplomacia en el conflicto chipriota, en Camboya y, en particular en Vietnam del Sur, problema cuya pacífica solución había de surgir de los acuerdos de París, aparte del fracaso de su misión de paz en el Próximo Oriente a principios de año. La misión que inició el 21 de agosto tenía la sólida base de una minuciosa preparación previa y el acuerdo firmado el 4 de septiembre en Ginebra estaba bosquejado a nivel de comisiones y negociaciones bilaterales cuando el doctor Kissinger emprendió vuelo a Tel-Aviv. Sólo faltaba darle la última mano y vencer las resistencias con que tropezaba en Israel, que eran numerosas y vociferantes, exponente de las divisiones que se dan entre israelíes y que no le van a la zaga de las divisiones entre árabes, aunque mucho se mencionan éstas y poco aquéllas. Como los duelos con pan son menos, el doctor Kissinger salió provisto del pan que siempre pide Israel: créditos sustanciales, promesas de generosos suministros de armamento y garantías de que los Estados Unidos segui-

rían asegurando su supervivencia contra viento y marea. En cuanto a Egipto, no tan reacio a un arreglo como Israel, el compromiso de ayuda financiera y tecnológica y hasta de venta de armas por parte de los Estados Unidos fue decisivo para que diera el paso hacia adelante que traza una línea divisoria en el mundo árabe y rompe la unidad lograda en octubre de 1973. Porque efecto inmediato del acuerdo provisional del Sinaí es que, de un lado, está la minoría árabe que ha celebrado calurosamente el acuerdo, Arabia Saudita y, un poco inesperadamente, Sudán. Enfrente están los que lo desaprueban airadamente, como Libia e Iraq, y, desde luego, las diversas organizaciones palestinas agrupadas en el llamado «frente del rechazo». Entre ambos están los países que, como Siria, lo acataron inicialmente, pero con la boca tan chica que, para algunos, aquello fue un susurro. En el caso concreto de Jordania, el estar condicionada su adscripción a alguno de los grupos por la entrega de material bélico norteamericano mengua la importancia de la postura que adopte finalmente. En todo caso, el acuerdo de defensa mutua suscrito con su antigua enemiga Siria no deja de expresar el recelo que suscita el acuerdo egipcio-israelí.

Fuera del ámbito próximo-oriental, es decir, en el mundo aliado o afin a los Estados Unidos, la tónica ha sido de jubilosa complacencia con algún viso de triunfalismo, debido en parte al inmenso deseo de paz asegurada y también a lo espectacular del resultado conseguido por el secretario de Estado y su diplomacia de lanzadera. Si a esto se agrega que, siempre en lo inmediato, el acuerdo egipcio-israelí supone mayor penetración norteamericana en el mundo árabe, luego la seguridad de estar a salvo de un catastrófico nuevo embargo de petróleo, se explica la unanimidad de los aplausos y plácemes en el llamado mundo libre. Sólo un irremediable pesimismo puede llevar a formular reservas. Lo enojoso del pesimismo es que en ocasiones se confunde con el realismo, poco grato de contemplar.

En primer lugar, se evidencia que el mantenimiento del ten con ten que se espera entre Egipto e Israel corre exclusivamente a cargo de los Estados Unidos, que se comprometen a que se cumplan los compromisos militares y políticos suscritos no sólo mediante ayudas económicas, sino con el envío de técnicos norteamericanos para atender las estaciones de control y alerta destinadas a impedir que los nuevos no adversarios vuelvan a las andadas. Por tanto, se trata de un acuerdo tripartito en el que los Estados Unidos son elemento fundamental. Los aliados del Pacto Atlántico no tienen ni arte ni parte en la

cuestión que, ciertamente, está geográficamente situada en áreas no amparadas por el Tratado del Atlántico Norte. Tampoco tiene ni arte ni parte la ONU en el nuevo rumbo de las relaciones entre Egipto e Israel. Ni siquiera se ha considerado el eventual envío de técnicos onusianos, complemento de los «cascos azules». Han de ser norteamericanos, por lo que se ha visto en ellos—en particular en los propios Estados Unidos—un remedo de los «asesores» enviados en tiempos a Vietnam del Sur. Esa fue la fase inicial de una implicación militar norteamericana a gran escala.

Pero el riesgo principal que entraña la nueva situación no estriba exactamente, en nuestra opinión, en las reacciones de los países del «rechazo» si estuvieran privados de apoyos exteriores, y menos en las acciones que puedan llevar a cabo los palestinos, cuyo aislamiento se pretende en el seno del dividido mundo árabe. El meollo de la cuestión lo constituye la URSS. Su reserva ante el hecho de que los Estados Unidos han conquistado terreno en el Próximo Oriente podría interpretarse como señal de asentimiento, por eso de que «quien calla otorga», lo cual es una solemne tontería. Por lo menos lo es en el caso de la URSS, que brinda múltiples ejemplos de que sus silencios no equivalen a desistir de la réplica. Tardó cinco años en replicar con el Pacto de Varsovia al Pacto Atlántico, que era un golpe. No deja de ser golpe para la URSS el evidente protagonismo de los Estados Unidos en el viejo conflicto árabe-israelí, que en 1973 acordaron zanjar de consuno.

En efecto, de no sufrir alteraciones en sus fases sucesivas el proceso en curso en el Próximo Oriente, o sea, de suscribirse un muy hipotético acuerdo sirio-israelí, que supondría la evacuación por Israel de los pueblos edificadas en la meseta del Golán, la situación desembocaría en el predominio exclusivo de los Estados Unidos en esa encrucijada estratégica de capital importancia, en la que radican grandes intereses petrolíferos norteamericanos. Por tanto, inexcusablemente, la URSS resultaría desalojada de las posiciones pacientemente conquistadas allí. Porque no cabe compartir el predominio en una región no más que la decisión nuclear, como reclamaba el general De Gaulle. A lo sumo, los dos supergrandes pueden llegar a repartir determinadas áreas en zonas de influencia respectiva, por ejemplo, en Europa. En el Próximo Oriente no hay sitio para los dos, y la predominante presencia de uno es excluyente de la presencia del otro.

El que la URSS no haya puesto el grito en el cielo ante el gol de los Estados Unidos no es forzosamente síntoma tranquilizador. Por

grande y sincero que sea su deseo de mantener la política de coexistencia pacífica, no se avendrá a ser eliminada del Próximo Oriente, aunque de momento, dadas sus dificultades económicas y sobre todo alimenticias, que confía le resuelvan los Estados Unidos, procure no enturbiar las actuales relaciones con éstos haciendo gestos oficiales de desagrado. Pero, a la corta o a la larga, se impone impensable una pasividad soviética que desembocaría en la neutralización y hasta control de su presencia en el Mediterráneo y sus posibilidades de comunicación con el océano Indico, donde despliega tanta actividad, y, en fin, su puesta en solfa de cara al Tercer Mundo, con el consiguiente derrumbamiento de su influencia en él, sin mencionar las críticas de China, que, en la medida de sus posibilidades, juega la carta del «frente del rechazo». Próximo Oriente no es zona de interés marginal para la URSS. Tampoco lo es para los Estados Unidos. Aunque parezca llevar viento en popa la nave norteamericana y su tripulación occidental, esa coincidencia de intereses vitales contrapuestos en un área concreta pone una carga explosiva en el acuerdo del Sinaí. En todo caso, sugiere el grave compromiso norteamericano de acudir en auxilio de Israel en caso de agresión, extremo que figura en filigrana en el acuerdo adicional suscrito con Tel-Aviv, cuya existencia sólo posteriormente se ha dado a conocer. En suma, un ataque a Israel puede originar una situación más preñada de riesgos que la anterior, en la que los dos supergrandes se enfrentaban por bandos enemigos interpuestos, peones en la partida que aquéllos juegan a escala mundial. Pero algún peón se ha dado de baja. Es de imaginar que a los que han optado por mantenerse en activo contra Israel la URSS no dejará de apoyarlos discreta y eficazmente, como no dejará de soltar los tábanos de su bien dominada estrategia indirecta para provocar o fomentar conflictos, tensiones y problemas, eso en el mejor de los casos de su acción. En el peor, ojalá no se dé la hipótesis, habría un choque frontal entre las dos superpotencias, que persiguen el mismo objetivo. Ya hubo un amago de choque frontal en el Próximo Oriente cuando el 25 de octubre de 1973 el presidente Nixon decretó la alerta total del ejército norteamericano, incluso la de las fuerzas estacionadas en Europa.

El propósito de convertir a Israel en una especie de baluarte provisto de proyectiles estratégicos, como los «Pershing», equipados eventualmente con cabezas nucleares, y de los modernísimos aviones de ataque «F-16», que todavía no están en servicio en el ejército de los Estados Unidos, sugiere que, en el fondo, los dirigentes norteameri-

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

canos no las tienen todas consigo en cuanto a reacciones o acciones soviéticas o de árabes azuzados por los soviéticos. Queda por ver si el Congreso enfocará del mismo modo que el ejecutivo la grave cuestión del compromiso de los Estados Unidos con Israel: el envío de técnicos, que han de ser precisamente norteamericanos, es ya compromiso.

Por ello, los países occidentales, y en particular los mediterráneos, entre los que figura destacadamente España, ante el acuerdo del 1 de septiembre, en lugar de echar las campanas al vuelo, como es lógico en caso de victoria, deberían estar expectantes y hasta un poco desasosegados, por ser lo propio cuando una batalla no ha culminado.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA